

## PUNTA CARRETAS, LA VIDA ENTRE PRESOS

La primera vez que entré al Penal, así lo llamaban, una sensación desconocida se instaló en mi. Era una mezcla de olores, gritos, ruidos superpuestos, que es difícil de olvidar, y a la que uno se acostumbra, recién con el correr de los días.

Los olores eran una mezcla de mugre, carne asada, orina, y un olor, que solamente se conoce allí, el olor del sudor del que descarga adrenalina, producto de la tensión reinante.

En el patio de recreo, las gaviotas se arrojaban sobre las sobras de comida que los presos tiraban por las ventana. Luego vería además ratas, perros y gatos participar de la fiesta gastronómica penitenciaria.

Mi presencia se debía a que iba a trabajar como practicante de medicina, en el llamado Hospital Penitenciario, era el mes de diciembre de 1969, y ya había cursado mis años de Facultad. Ya era casi médico. El título vendría después...

El país se debatía en un proceso político progresivamente agitado y violento, sobre el cual trataré de no hacer referencias, porque como ya dijimos, por tratarse de historia reciente, todavía quedan heridas abiertas.

Para llegar al Hospital era necesario atravesar una Revisoria y luego tres puertas con su respectivo funcionario o llavero. Era la época en que la Dirección de Institutos Penales dependía del Ministerio de Educación y Cultura.

Los funcionarios, casi todos ellos retirados del Ejército vestían andrajosos uniformes de varios colores de la gama del verde. Los presos los llamaban paisajes de Catamarca, por sus mil distintos tonos de verde.

Al atravesar el patio sobre las graderías de la cancha de fútbol, un espectáculo increíble se desarrollaba ante la vista de todos los que lo quisieran ver. Se trataba de una clase "magistral" de

cerrajería, dictada por uno de los mejores escuchantes del Uruguay, según supe luego, delante del improvisado disertante, una docena de presos practicaba con llaves y candados, las artes del afano artístico.

Las llaves eran las conocidas "yugas", los candados eran de varios modelos y tamaños, y llamaba la atención la concentración de los alumnos en el trabajo práctico que estudiaban, ahí, al aire libre.

Del otro lado del enorme patio una formación compacta de muchachos jóvenes hacia orden cerrado, al estilo militar, pero nadie se llame a engaño, no eran los guardias, eran los "Tupas", así llamaban a los presos del MLN.

Pero las sorpresas del primer día todavía no habían finalizado, cerca del Hospital, en la esquina del muro, un par de botellas de vino bajaba hacia el piso atadas en una cuerda que luego supe se llamaba "palomita", era vino introducido para consumo en el Hospital, y al parecer el que llegara por "vía aérea" no era motivo de pena para nadie. Llegué a la hora del mediodía, por lo que a los olores antes descriptos, se agregaba un fuerte olor a carne, cocinada al horno.

El almuerzo era carne y arroz blanco, para presos, médicos y guardias por igual.

A la hora de la siesta, luego de instalado en el cuarto de guardia, en el primer piso del Hospital, me puse a pensar qué hacía yo allí, un muchacho universitario, sin contactos con el mundo del delito, rodeado de gente que hablaba en el argot de la cárcel, que no se parece a nada de lo que la gente de la calle conoce.

No tenía la respuesta, pero a las pocas semanas me di cuenta de que para trabajar allí, era más importante tener experiencia de calle y vereda, que años de Facultad. Era lo que se llama "boliche", y de eso yo tenía, para ir remediando.

A la semana siguiente ya había conseguido que alguien me familiarizara con el argot de la cárcel, y resultó que mi profesor de chamuyo canero era el Profe de cerrajería, llamado Yamandú, de él aprendí además la manera de relacionarme con los presos, en mi tarea

de practicante, de forma de preguntar poco, y solamente lo relacionado con la consulta, ya que, el que pregunta mucho, en la cárcel, despierta suspicacia de parte del preso.

En el desarrollo de estos relatos anecdóticos, de los que fui testigo y/o protagonista iremos revelando un mundo desconocido para la población general, en el cual, por ser mi trabajo, desarrollé mi carrera de médico, desde mi ingreso hasta hoy en día. Y era realmente un mundo, que terminaba en el muro, altísimo y opresivo.

El Director de Cárcel era el presidente de ese pequeño mundo, sus ayudantes los diversos ministros, y todo terminaba como dijimos, en el altísimo muro perimetral.

Pero dentro de los muros, y dentro de cada celda había una historia, de la que a veces recogíamos sabrosas situaciones, las que trataré de poner en conocimiento de los que lean estos relatos.

Mi trabajo luego se realizó también en la Cárcel de Miguelete, a la que los presos llamaban la Corre, o "la chica", ya que el Penal era "la grande."

Por supuesto, el Director del Hospital era una especie de Ministro de Salud Pública, el Jefe de Talleres era algo así como el Ministro de Industrias, etc.

El mundo se limitaba, para los presos, al espacio del penal y nada más. Las actividades de cada uno de ellos se limitaban a lo que quisieran, o pudieran hacer, en el momento de mi ingreso habían talleres de varios tipos, una gran imprenta, zapatería, herrería, cocina, fábrica de fideos, panadería, carpintería, y talleres de artes libres.

Trabajar en algo era tener una "comisión", y no era fácil obtenerla. Dependía de la conducta y de diversos informes, o del oficio que el preso podía saber desempeñar.

Por otra parte otros presos manifestaban abiertamente que ellos se habían volcado al delito, y que lo habían hecho para no trabajar, o sea que consideraban una "gilada" trabajar en la cárcel.

Para ellos la gente era chorra o “grata”, o de lo contrario, eran “giles” o laburantes.

El ocio fue siempre la madre de todos los vicios que veremos que había en este microcosmos de la cárcel.

Las relaciones entre presos se regulaban con un código de conducta en el que el respeto a los presos mas viejos, era fundamental, o a los que por sus características, se daban su lugar y se hacían respetar, un código que regía para usuarios cuyos valores eran el revés de los valores corrientes en la sociedad de fuera de la cárcel, de manera que todo en la cárcel es diferente a lo que aparenta ser en realidad.

En general el delincuente es una persona ha hecho una opción, la de vivir del trabajo ajeno, y no del propio, por lo que permanentemente está atento a hacer valer sus artes o su astucia para lograr sus cometidos, o llenar una necesidad. El tiene las 24 horas del día para estudiar a sus guardianes, a la rutina de la carcel, o para urdir tramas que al final lo beneficiarán.

Era muy mal visto robar a otro preso, el que lo hacía era llamado “rastrillo”, y su fama lo seguiría por mucho tiempo, nunca en realidad se libraría de esa acción, considerada un verdadero baldón.

El patio del penal era el gran escenario donde se podía ver todo lo imaginable, y sobre todo, partidos de fútbol a toda hora durante las horas de recreo, también habia básquet,volley-ball, pesas, y timba de varios tipos, todo era pasible de servir para apostar, de manera que se jugaba a un juego llamado el nueve, para el que se usaban las fichas del dominó, o se confeccionaban cartas para juegos de barajas, hechas en cartulina, con las figuras dibujadas con bolígrafo, se jugaba a la quiniela clandestina, con capitalistas que eran locales, o sea presos.

La timba era, en pocas palabras una actividad primordial, y era la fuente de peleas y puñaladas, que proporcionaban clientes al Hospital, donde eran llevados los lastimados, a curarse.

He visto con asombro apostar a carreras de caracoles y de cucarachas como si se tratara de los mejores pingos.